

Carlos Reyles, hechizado y maldecido

El embrujo de Sevilla (1922) del uruguayo Carlos Reyles es una de las declaraciones de amor más extraordinarias que se han escrito sobre nuestra ciudad y un retrato impagable de la cultura y la mentalidad popular de Sevilla.

POR FERNANDO IWASAKI

Si tuviera que citar el nombre de un escritor hispanoamericano que por su fascinación sevillana sólo haya recibido de nuestros e incomprensiones, sin duda convocaría el nombre del uruguayo Carlos Reyles (1868-1938), autor de *El embrujo de Sevilla* (1922), una novela que sus detractores descalificaron por «hispanista», «folklórica» y «turística». Así, para el crítico Alberto Zum «Reyles ha dado la Sevilla que llevaba en su entraña, en una identidad de consubstanciación vital. Lo objetivo y lo lírico confúndense así en el proceso de esta novela, que parecería escrita por el más bajo de los sevillanos», mientras que para el escritor Mario Benedetti «La Andalucía de Reyles mete mucho ruido, tanto como debe parecerle a un extranjero más que a un sevillano». Sin embargo, después de leer *El embrujo de Sevilla* me haría ilusión que estas líneas fueran una suerte de reparación, agradecida y extemporánea.

Miembro de una familia adinerada y cosmopolita (su padre era irlandés y su madre andaluza), Carlos Reyles vivió más de una década en Sevilla, donde representó a la República Oriental del Uruguay durante los fastos de la Exposición Iberoamericana de 1929. Por aquellos años, Uruguay todavía era un planeta de la galaxia del toro y los artistas flamencos viajaban hacia el Río de la Plata cuando emprendían sus giras americanas. Pienso en el cantaor Silverio Franconetti de picador en Uruguay o en las milongas aflamencadas de Pepa de Oro, y estoy persuadido de que esos mundos fascinaron a Carlos Reyles mucho antes de instalarse en Sevilla a comienzos del siglo XX.

La generación del 98 acuñó el concepto de «la España de la pandereta» para ningunear al flamenco y los toros, y aunque los poetas y artistas de la vanguardia española reivindicaron esas expresiones artísticas y culturales, Carlos Reyles jamás se benefició de aquellas reconsideraciones y así nadie releyó *El embrujo de Sevilla* a la luz de Falla, Lorca, Picasso, Cansinos-Assens o Sebastián Gasch. Y sin embargo, *El embrujo de Sevilla* es una novela

que bebe de lo mejor de la cultura popular sevillana, una cultura que para los ignaros es tónica y típica, falsa y barriobajera, pero que uno ha tenido el privilegio de conocer gracias a mi convivencia con artistas flamencos. Por eso deseo dejar claro desde el principio que la Sevilla de Carlos Reyles no tiene ni trampa ni cartón, porque sus materiales son de la misma verdad verdadera que la letra de esa voz popular que hasta hoy se canta por soleá.

En primer lugar, *El embrujo de Sevilla* supone un trabajo fastuoso con el lenguaje, pues Carlos Reyles demuestra un conocimiento extraordinario del habla andaluza en general y de los giros del flamenco en particular. Y no lo digo por la presencia de voces calés diseminadas a lo largo de la novela, sino especialmente por esas construcciones orales y verbales que configuran la mentalidad de

unos personajes hasta convertirlos en verosímiles. Y todo ello sin perder de vista la oralidad uruguayo de Carlos Reyles, pues para un hablante del Río de la Plata siempre será más complicado recrear el habla andaluza que para un chileno, un peruano o un colombiano.

Por otro lado, nadie debería reprocharle a Carlos Reyles una presunta ausencia de originalidad por novelar la vida galante de un torero con bailarinas e hijas de ganaderos, porque todavía en la Andalucía del siglo XXI abundan parejas ilustres y mediáticas que colman la medida de aquellos arquetipos supuestamente anacrónicos. Y como sobran los ejemplos, también deberían sobrar los reproches. En cualquier caso, la historia del mata-dor Francisco Quiñones y de su prometida Pastora, queda enriquecida por las enrevesadas pasiones del pintor Cuenca, de la bailaora Pura, del cantaor Pitoche y de otros secundarios que también riñen y se aman a través de las páginas del *El embrujo de Sevilla*.

En tercer lugar, Carlos Rey-

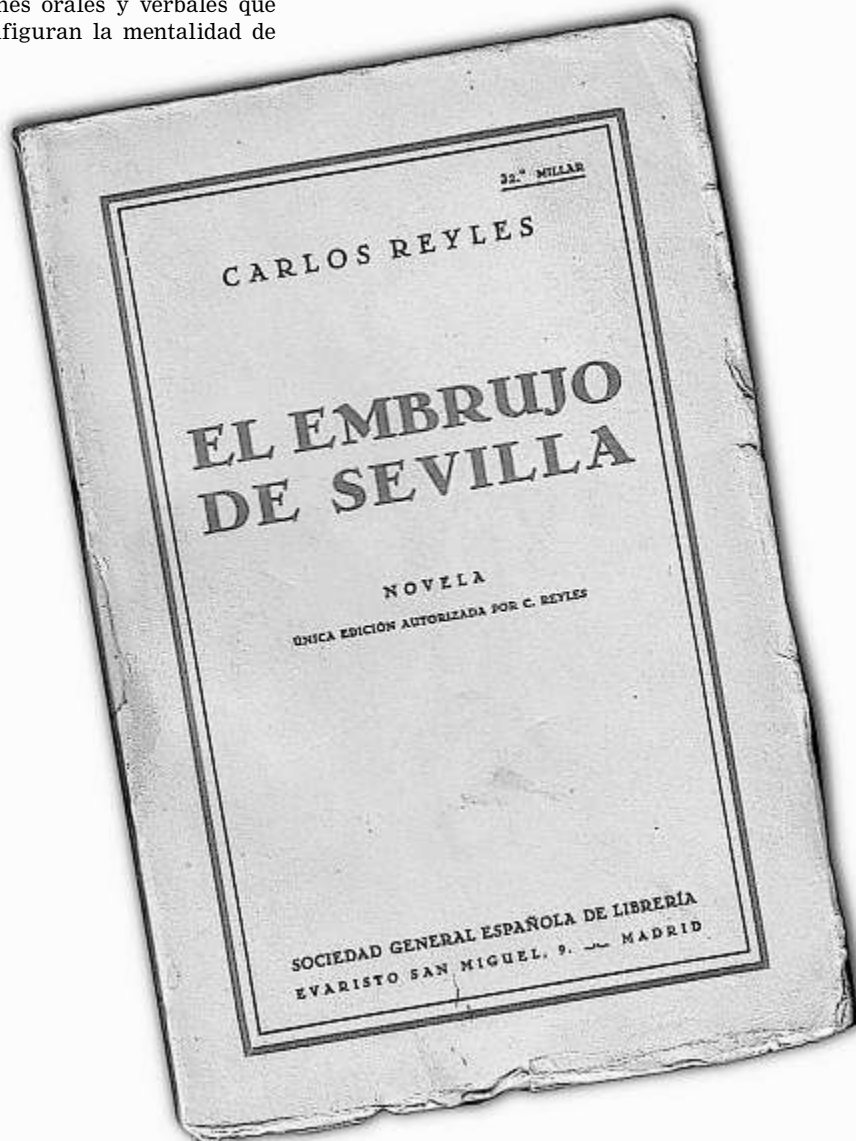
les tuvo la sensibilidad de enhebrar con maestría, historias que quizás fueron leyendas urbanas de la Sevilla de comienzos del siglo XX, pero que leídas en *El embrujo de Sevilla* todavía nos abren en canal. Pienso en esa saetera presa que le cantaba a la Esperanza de Triana desde una celda de la cárcel de mujeres, tan sólo para escuchar la saeta que interpretaba su propia madre desde algún balcón del Arenal. Pienso en la penitencia de aquella mujer que confesaba su crimen mientras andaba de rodillas detrás del paso de la virgen y que el

pueblo salvó de la cárcel nada más recogerse la hermandad en su templo. Y pienso —sobre todo— en aquel bravísimo toro indultado que se negó a seguir a los cabestros, hasta que su vaquero le rascó la testuz ensangrentada y se fue con él, dócil como un ternero que agoniza.

Finalmente, a través de uno de sus personajes —el pintor Cuenca— el autor exploró los entresijos de la cosmovisión andaluza y esbozó una teoría de la sentimentalidad sevillana que suscribo por certera y porque me concierne: «La Semana Santa, los Pasos, las ceremonias religiosas, los nazarenos, la fe de los humildes y, sobre todo, las saetas, revuelven en mi alma muchas cosas y me llenan de pensamientos graves. La irresistible inclinación de este pueblo a convertir en espectáculo lo mismo su alegría que su amargura, y solazarse con cualquiera de las dos, explican nuestras costumbres y me mueve a considerarlo como un colega, como un artista que se recrea con los engendros de su fantasía. Las procesiones, las corridas de toros, los tablaos, son sus obras de arte; es decir, los cuajos, los cristales puros de su gozo y de su pena. El pueblo no cree en los dogmas de la Iglesia sino de cierto modo; pero cree a pies juntos en los dogmas de su Cofradía, y se enorgullece como si de él fueran, la riqueza, el poder y el esplendor de aquélla. No cree en Cristo ni en la Virgen; pero cree en su Cristo y en su Virgen. Sin duda, muchos de esos nazarenos que van ahí piensan algo semejante a lo que yo pienso cuando salgo detrás de nuestro Padre Jesús del Gran Poder. No soy creyente; pero voy con mi vela en la mano muy grave, porque así declaro mi amor a lo nuestro y mi acuerdo, no con la religión de mis paisanos, sino con las aspiraciones superiores y las energías espirituales de que toda devoción, de que todo fervor es un símbolo. En lo que algunos observadores superficiales llaman carnaval religioso, hay mucha religión verdadera. Hasta los que se embriagan o corren juerguitas sordas en estos días de duelo practican un culto y ejecutan actos de contrición... a su manera. El vicio, la sensualidad misma en ellos es comunión».

Olvidado en España y menospreciado en Uruguay, la Sevilla de Carlos Reyles conserva todavía su hechizo y su entusiasmo. Fue su bendición, pero de alguna manera —también— su maldición.

Miembro de una familia adinerada, Reyles vivió más de una década en Sevilla, donde representó a la República Oriental de Uruguay durante los fastos de la Exposición Iberoamericana de 1929



Cubierta de la edición de la Sociedad General Española de Librería (1932)